

## PLUMAS NEGRAS.

Todos llegamos temprano a clase. Es la víspera de Halloween y nadie quiere perderse nada. Estamos preparando el *Instituto Juan Ramón Jiménez* para una actividad muy especial. Decoramos los pasillos, el aula y el patio, e incluso nos quedamos media hora después de que acabaran las clases. Entonces empieza la pesadilla. Olivia, una chica de segundo, debe irse quince minutos antes, así que sale la primera. Unos diez minutos después, suena el teléfono y la profesora (Doña Diana) va a cogerlo.

– Era la madre de Olivia -dice alarmada cuando regresa-. Aún no ha llegado a casa.

– Eso es imposible -comento-. Su casa está a cinco minutos...

A nadie le da tiempo a decir nada más: un golpe ensordecedor hace que tiemblen los cristales, y rompiendo uno en mil pedazos. No dudamos ni un segundo en subir las escaleras en busca del culpable, pero en su lugar solo está Eva, junto a una pluma negra.

– Ni siquiera me di cuenta de lo que pasó, yo... -rompe a llorar.

La que ha desaparecido es Rebeca, cayó desde las escaleras metálicas mientras decoraban las ventanas y ¡puf! Se esfumó. ¿Y la pluma? Apareció poco después sin que ella se diera cuenta...

La profesora ordena un recuento de inmediato: y nos reunimos en la sala de profesores. En total éramos quince (contando a la profe), y ahora solo estamos nueve: por lo tanto los otros cuatro siguen por ahí.

Doña Diana nos elige a Marina, a Felipe y a mí para ayudarla a buscarlos al patio. Al pasar por la puerta, suena el timbre. Al pensar que podía ser alguna de las dos desaparecidas y Felipe va a abrir, solo. Aún así, nosotras no podríamos servirle de mucha ayuda. A los pocos segundos regresa blanco como la nieve, con unamochila rosa fuerte en la mano derecha (sin duda la de Olivia) y en la izquierda... ¿A que no adivináis? Otra pluma negra.

No sé los demás, pero yo estoy muy asustada. Sin decir nada, bajamos al patio, donde tres alumnos pintan calabazas de colores en el suelo. ¿Tres? Hago recuento, ya sé quién falta.

– ¿Dónde está Hugo? -pregunto.

– Ha ido al baño -dice Carlota.

Felipe va a por él sin dudar, y nosotras acompañamos al resto junto a los demás, cargando con las cosas de Olivia.

Quince minutos después, nos damos cuenta de que los dos chicos ya no van a volver. Mandamos a Lucas y a otros dos alumnos al baño, y regresan con dos plumas negras.

– Quedan once -murmuro.

– Diez -corrige la profesora contando con los dedos a los que estamos en la sala.

Entonces la vemos, una pluma negra desciende desde el techo. ¿Cómo no nos hemos dado cuenta de que otro alumno ha desaparecido? En fila, mientras nos cubrimos las espaldas unos a otros, nos acercamos a la puerta para intentar salir pero...

– ¡Está cerrado! -grita Doña Diana.

Y, para colmo, dos plumas más: quedamos ocho. Sostengo las siete plumas negras en mi mano, tratando encontrar una solución lógica para todo, tiene que tenerla. Cansados, volvemos al instituto y cerramos puertas y ventanas, como si eso pudiera protegernos. Pero es inútil. Separarnos solo lo empeora: en la puerta de la sala de profesores encontramos otras tres plumas. Quedamos cinco: la profesora, Hugo, Elena (una chica de primero muy tímida), Marina y yo. Estamos de los nervios.

– Tengo que ir al baño -anuncia Marina.

– ¿Qué dices? Ni loca sales de aquí ahora -comenta Doña Diana, y a estas alturas ya dudo de su salud mental. Es normal, dos horas (creo) y diez alumnos perdidos. Para colmo, estamos atrapados

– Da igual, voy con ella -digo, ya que a estas altura no estoy segura de que este sea un lugar seguro.

Salimos de allí sin separarnos ni un segundo. Cuando Marina entra, me quedo agarrada en la puerta, mientras ambas nos hablamos aterrorizadas de desaparecer también. No ocurre nada más, así que volvemos con los demás. ¿Los demás? Quedan tres plumas sobre la mesa formando una C. Ambas tenemos la misma idea: salimos corriendo hacia la puerta dispuestas a forzarla. Pero, para nuestra sorpresa, está abierta. Salimos al exterior cegadas por la intensa luz rojiza del atardecer. ¿Cuántas horas han pasado? Avanzamos un paso adelante, y tengo que ahogar un grito.

Silencio en las calles.

El suelo está completamente cubierto de plumas. Plumas negras.